



CORAZÓN
DE VIDRIO

Corazón de vidrio

José Mauro de Vasconcelos

Título original: *Coração de Vidro*

© Copyright (1968) Editora Melhoramentos Ltda., Brasil

Comentario literario: Luiz Antonio Aguiar

Ilustraciones: Jayme Cortez

Traducción: Haydée M. Jofre Barroso, Mónica Ploese

Derechos exclusivos de edición en castellano para América Latina y España

© Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo, 2021

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel.: (54 11) 4983 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Edición: Marina von der Pahlen

Producción: Pablo Gauna

Diseño de cubierta: Silvana López

1ª edición en Editorial El Ateneo: abril de 1976

1ª edición escolar: agosto de 2021

ISBN 978-950-02-1069-0

Impreso en Buenos Aires Print,

Sarmiento 459, Lanús,

provincia de Buenos Aires,

en agosto de 2021.

Tirada: 2000 ejemplares.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Vasconcelos, José Mauro de

Corazón de vidrio / José Mauro de Vasconcelos ; comentarios de Luiz Antonio Aguiar ; ilustrado por Jayme Cortez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2021.

96 p. : il. ; 19 x 14 cm.

Traducción de: Haydée M. Jofré Barroso ; Mónica Ploese.

ISBN 978-950-02-1069-0

I. Literatura Infantil y Juvenil Brasileira. I. Aguiar, Luiz Antonio, com. II. Cortez, Jayme, ilus. III. Jofré Barroso, Haydée M., trad. IV. Ploese, Mónica, trad. V. Título. CDD B869.3



CORAZÓN DE VIDRIO

Ilustraciones de Jayme Cortez

**Edición
escolar**

José Mauro de Vasconcelos

 **Editorial El Ateneo**



El autor

José Mauro de Vasconcelos nació el 26 de febrero de 1920, en Bangu, Río de Janeiro. Proveniente de una familia sumamente pobre, de niño debió vivir con unos tíos en Natal, capital de Río Grande del Norte, donde pasó su infancia y su juventud. A los 9 años, el pequeño se entrenaba nadando en el río Potengi, en la misma ciudad, y soñaba con ser campeón. También le gustaba leer, principalmente las obras de Paulo Setúbal, Graciliano Ramos y José Lins do Rego; estos dos últimos, importantes autores regionalistas de la literatura brasileña.

Las actividades de la infancia de De Vasconcelos serían la base de toda su vida: el espíritu aventurero, el deporte y, al mismo tiempo, la literatura, el hábito de escribir, el cine, las artes plásticas, el teatro; la sensibilidad y el vigor físico juntos. Se convertiría en un hombre brillante, aunque muy sencillo, lejano a la Academia de Letras.

Estando aún en Natal, cursó dos años de Medicina, pero no aguantó: su personalidad inquieta lo impulsó a regresar a Río de Janeiro, a bordo de un carguero. Una sencilla valija de cartón era todo su equipaje. A partir de aquella ciudad, comenzó una peregrinación por el resto del Brasil: fue entrenador de box y estibador de banano en la capital carioca, pescador en el litoral fluminense, maestro de primaria en un centro de pescadores en Recife, mozo en San Pablo. . .

Toda esta experiencia, asociada a una memoria y una imaginación privilegiadas y a una enorme facilidad para contar historias, dio como resultado una obra literaria de calidad, reconocida internacionalmente: 22 libros, entre novelas y cuentos, con traducciones publicadas en Europa, los Estados Unidos, América Latina y Japón, algunos de los cuales tuvieron versiones cinematográficas y teatrales.

Su primera obra, *Banana Brava* (1942), retrata a un hombre embrutecido en las minas del sertón de Goiás, en el centro-oeste del Brasil. A pesar de que la novela recibió algunas críticas favorables, no tuvo éxito. Enseguida llegó *Barro Blanco* (1945), que tiene como telón de fondo las salinas de Macau, ciudad de Río Grande del Norte. Surgía, entonces, la vena regionalista del autor, que continuaría con *Arara Vermelha*, 1953; *Harina huérfana* (*Farinha Órfã*), 1970 y *Lluvia de la noche* (*Chuva Crioula*), 1972.

Su método de trabajo era peculiar: elegía los escenarios de sus historias y entonces se trasladaba allí. Antes de escribir *Arara Vermelha*, recorrió cerca de 3000 kilómetros a través del sertón, haciendo estudios minuciosos que serían la base de la novela. A los periodistas, les decía: “Escribo mis libros en pocos días. Pero, en compensación, paso años rumiando ideas. Escribo todo a máquina. Hago un capítulo entero y después releo lo que escribí. Escribo a cualquier hora, de día o de noche. Cuando estoy escribiendo, entro en trance. Solo paro de golpear las teclas de la máquina cuando me duelen los dedos”.

La enorme influencia que ejerció en su vida el haber convivido con los indígenas (acostumbraba a viajar al “medio de la selva” por lo menos una vez al año) no tardaría en aparecer en su obra. En 1949 publicó *Lejos de la tierra* (*Longe da Terra*), donde cuenta su experiencia y señala los prejuicios sobre la cultura indígena producidos por el contacto con los blancos. Fue el primero de una larga lista de libros indigenistas: *Raya de fuego* (*Arria de Fogo*), 1955; *Rosinha, mi canoa*, 1962; *El padrillo* (*O Garanhão das Praias*), 1964; *Las confesiones de fray Calabaza*, 1966; *Kuryala: capitán y carajá* (*Kuryala: Capitão e Carajá*), 1979.

Dicha producción nació de una importante actividad que el aún joven escritor realizó con los hermanos Villas-Bôas, sertanistas e indigenistas brasileños, internándose en el sertón de la región de Araguaia, en el centro-oeste del Brasil. Los hermanos Villas-Bôas—Orlando, Cláudio y Leonardo—lideraron la

expedición Roncador-Xingu, iniciada en 1943, que unió el Brasil interior al litoralero. Hicieron contacto con pueblos desconocidos, cartografiaron territorios, abrieron rutas en el Brasil central.

El libro *Rosinha, mi canoa*, en el que contrapone la cultura del sertón primitivo a la cultura predatoria y corruptora del blanco que se dice civilizado, fue su primer gran éxito. Aunque la obra que alcanzaría el mayor reconocimiento del público llegaría seis años más tarde, con el título de *Mi planta de naranja lima*. Relato autobiográfico, el libro narra la historia de un niño pobre que, incomprendido, huye del mundo real a través de los senderos de la imaginación. La novela conquistó a los lectores brasileños, del extremo norte al extremo sur, y rompió todos los récords de ventas. En esa época, el escritor afirmaba: “Tengo un público que va de los 6 a los 93 años. No solo aquí, en Río de Janeiro o en San Pablo, sino en todo el Brasil. Mi libro, *Rosinha, mi canoa*, se utiliza en los cursos de Portugués en la Sorbona, en París”.

Lo que más impactaba a la crítica era el hecho de que el libro hubiese sido escrito en apenas 12 días. “Sin embargo, estaba dentro de mí hacía 20 años —decía De Vasconcelos—. Cuando la historia está completamente terminada en la imaginación es cuando comienzo a escribir. Recién trabajo cuando tengo la impresión de que la novela está saliendo por todos los poros del cuerpo. Entonces, surge todo a borbotones”.

Mi planta de naranja lima vendió más de dos millones de ejemplares. Las traducciones se multiplicaron: *Barro Blanco* se editó en Hungría, Austria, la Argentina y Alemania; *Arara Vermelha*, en Alemania, Austria, Suiza, la Argentina, Holanda y Noruega; y *Mi planta de naranja lima* se publicó en alrededor de 15 países...

La inspiración autobiográfica continuó con *Vamos a calentar el sol* (1974) y *Doidão* (1973). *Lejos de la tierra* y *Las confesiones de fray*

Calabaza también presentan elementos que refieren a la vida del autor. La lista de sus obras incluyen, además, libros centrados en dramas existenciales –Marea baja (Vazante), 1951; Calle descalza (Rua Descalça), 1969, y La cena (A Ceia), 1975–, y otros dedicados a un público más joven, que abordan cuestiones humanísticas –Corazón de vidrio (Coração de Vidro), 1964; El palacio japonés (O Palácio Japonês), 1969; El velero de cristal (O Veleiro de Cristal), 1973, y El niño invisible (O Menino Invisível), 1978.

Junto al gaúcho Érico Veríssimo y al bahiano Jorge Amado, De Vasconcelos fue uno de los pocos escritores brasileños que podían vivir exclusivamente de los derechos de autor. Sin embargo, su talento no brillaba solo en la literatura.

Además de escritor fue periodista, conductor radial, pintor, modelo y actor. A raíz de su buen porte, representó el papel de galán en varios filmes y telenovelas. Obtuvo premios por su actuación en Carteira Modelo 19, A Ilha y Mulheres e Milhões. Asimismo, modeló para el Monumento à Juventude, esculpido en el antiguo Ministerio de Educación, en Río de Janeiro, en 1941, por Bruno Giorgi (1905-1993), escultor brasileño reconocido internacionalmente.

Solo en un área no tuvo éxito: la academia. En la década de 1940, hasta llegó a ganar una beca de estudio en España, pero después de una semana decidió abandonar la vida académica y recorrer Europa. Su espíritu aventurero se impuso.

El éxito del autor se debe, principalmente, a la facilidad de comunicación con sus lectores. De Vasconcelos explicaba: “Lo que atrae a mi público debe de ser mi simplicidad, lo que yo creo que es simplicidad. Mis personajes hablan en lenguaje regional. El pueblo es simple como yo. Como ya dije, no tengo ninguna apariencia de escritor. Mi personalidad es la que se expresa en la literatura, mi propio yo”.

José Mauro de Vasconcelos falleció el 24 de julio de 1984, a los 64 años.

Prólogo

Para el lector de José Mauro de Vasconcelos –sea un niño, o un adulto, de los que él ha ganado con la excelencia de su procedimiento narrativo, sus temas tiernos de fondo moralista y la magia de su fantasía de escritor, que no ha permitido que en él muera el “duende-niño” de la infancia y de los sueños– no es nada nuevo leer que uno se refiere a sus libros diciendo que estos son frescos, dulces, sensitivos, y que forman parte de la mejor narrativa noble y buena –en lo que hace a la esfera de los sentimientos y de lo moral– del continente latinoamericano.

Apartado de la temática y el proceso puramente literario, pero unido a él por sus finalidades, su auténtico y amoroso interés por la formación del niño, y genuinamente interesado en un género literario difícil pero realizado sin concesiones exististas, “Zé” Vasconcelos penetra en la rica vertiente de Monteiro Lobato.

En este libro que hoy presentamos, Corazón de vidrio, asistimos una vez más al deslumbramiento que provoca en nosotros una narración que con pocos y ajustados elementos, poniendo en uso un mínimo de recursos literarios, pero un máximo de inventiva y de amor, nos mantiene apegados a las páginas en las que cuenta sus historias. Esta vez, ellas trascurren en el mundo de la naturaleza íntegramente. Aves, peces, animales y plantas le sirven para darnos una coloreada –y “docente”... aunque quizás a nuestro escritor el término no le guste– visión del mundo, que a veces se torna triste y descorazonadora; pero ¿qué le hemos de hacer, si así es la existencia? Y Vasconcelos no es, ni como hombre ni como escritor, capaz de falsear realidades.

Quizá por eso sus libros respiren tanto aire de sinceridad, tan limpia brisa de verosimilitud.

“La misa del sol” es una pequeña joyita que ilustra sobre cómo se puede escribir para los niños sin “entediarse” a los adultos que muchas veces deben leerles. Cuenta la historia de un pajarito que pierde la libertad y también las esperanzas de recobrarla y las ilusiones sobre lo que el mundo puede depararle, quizá porque, como decía al comienzo, “todo era lindo, muy lindo en la estancia. Pero los hombres lo arruinaban todo...”. Porque toda la existencia de ese bichero encantador se desarrolla en una estancia, donde vemos ir sucediéndose aventuras, pesares, ilusiones, contento, tristeza, decepciones, expectativas, y todo cuanto, ¡fíjense ustedes qué hermosa y sutil coincidencia!, nutre nuestra vida, la vida de esos hombres (incluyéndonos a las mujeres, claro está) “que lo arruinan todo”. Quizás, a la hora de la “misa del sol”, este pajarito y sus hermanos alados hayan pedido a algún Dios, que seguramente también debe de existir para ellos, que lo lleven a la libertad de un enorme parque, bello, lleno de flores y frutos que, para deleite de los pajaritos que en este mundo feo de los hombres murieron en cautividad, haya sido instalado en algún rincón del cielo.

En “El acuario” cambiamos ya de protagonista; esta vez es un pez rojo y hermoso, “de raza”, también criado en la estancia, pero siempre pesaroso, disconforme con su destino, soñando con realizar grandes viajes y atravesar anchos mares y procelosos ríos. ¡Pobrecito Clóvis! ¡Como suele suceder a los mortales, recién el día en que perdió todo cuanto antes despreciara comprendió qué injusto había sido! ¡Cuántas veces recordó, en el acuario de una casa de venta de aves y animales, las palabras de una señora sabia de su mundo de peces de colores! “Niño,

deja de soñar. Nada vale más que la libertad. Aquí tienes la compañía y el cariño de los tuyos. Esto es lo más importante”. (También a nosotros nos vendrán muy bien las palabras de la pececita Quiteria, en horas de dudas, de quejas o de tristeza; porque las suyas dan forma a un consejo que la experiencia subraya con una ancha línea de ratificación).

“El caballo de oro” tiene, además del interés de la historia, un maravilloso contrapunto de ternura y fantasía, íntegramente jugado por el hermoso potrillo y su madre, en diálogos que son un dúctil ejercicio de la belleza y la emoción. Saturno nos deleita en su despertar a la vida, nos conmueve con sus aventuras de pequeño explorador del mundo, que se hace más rico, complejo y fascinante a medida que se extiende ante sus ojos y él se vuelve más grande y fuerte. Saturno deja de ser la mascota de la estancia y pasa a vivir otra realidad: la de un victorioso caballo de carreras, pero no será para siempre... Es una historia que nos recuerda que en lo alto y en lo más bajo de la escala de la vida, cada uno en nuestra esfera, cumplimos nuestra misión.

Y ya en el final del libro, “El árbol” nos contará la historia de una mangueira que amó mucho, que fue muy fiel, que tomó como un compromiso de vida el amar más allá de la esperanza, de la lógica, de las dudas, de todo cuanto a nosotros, pobres y prosaicos mortales, nos separa del amor. Candoca será testigo real y testigo imaginario –según cada etapa– de una existencia humana, de su “Principito”, tan doloroso y sabiamente amado, y del que no esperó sino, alguna vez, un bello recuerdo y un momento de compañía. Pero el Príncipe se trasformaría en hombre y abandonaría el mundo de los sueños, que es el de la infancia, con las emociones que embellecieron sus días e hincharon de expectativas gratas y de esperanzas nobles su alma.

Y termina la ronda fantástica de historias de animales y árboles; y en ellas, siempre, el hombre. Causa y efecto.

Inspiración o motor. Idea o acción. Personaje o motivo. El hombre, con el que se completa el triángulo de la vida: la animal, la vegetal y la humana.

Pájaros, peces, caballos, árboles, hombres. Todos ellos dando forma o prestando elementos para esta ronda en la que las emociones activan la fantasía. Una ronda en medio de la cual –también yo, fantástica– me imagino a José Mauro de Vasconcelos en su centro, moviendo infinitos e invisibles hilos que conducen a sus personajes para que escenifiquen ante nosotros, en ese milagroso escenario del libro, sus maravillosas aventuras.

“Zé” Vasconcelos, escritor y titiritero; inventor de cuentos, piloto de fantasías, abanderado de ilusiones, portavoz de emociones, inimitable contador de historias, nos devuelve al mundo mágico al que muchos lectores se asomaron por primera vez, llevados por la manita cálida y pequeña de un niño llamado Zezé. El mismo que nos acompañó en el descubrimiento del increíble milagro que se llamó Mi planta de naranja lima. Vasconcelos, que supo crear una saga admirable sin caer en las fáciles tentaciones del existismo, sin apartar un pie del camino de “relato-verdad” con que él dio su mejor aportación a la moderna literatura del Brasil, en este difícil, riesgoso género que es el que se destina a nuestro bien mayor, los niños.

Y ahora una confesión inusitada, inusitada porque no es lo común en quien es responsable por la aparición de un libro, a través de su traducción y presentación: tuvo la fortuna de ser elegida para dar a conocer a Vasconcelos en el área hispanohablante. Siempre, desde

entonces, ha sido para mí un placer y un gusto, una vez seleccionados sus libros, traducirlos y prologarlos. Mi planta de naranja lima fue el comienzo de una buena y ya solidificada amistad con su autor, a partir del momento en que su personaje enamoró a la traductora, su narrativa conmovió a la crítica, y el resultado final de esa compleja simbiosis de tema y estilo complació a la escritora. Pues bien: si aquel libro fue para mí una feliz y satisfactoria, placentera aventura, Corazón de vidrio ha constituido lo que yo llamo “mi lujo vasconceliano”; porque haber podido llevar a la rica lengua de Cervantes esta joya escrita en la de Camoens, para quien realiza esa tarea no es el cumplimiento de un trabajo, sino un lujo con que se premia a sí mismo.

Hecha la confesión, queda el lector frente a “mi lujo” y uno de los más hermosos libros de “Zé” Vasconcelos. Que él me acompañe en mi placer y mi satisfacción de lectora.

HAYDÉE M. JOFRE BARROSO

Para

Lúcia Pereira de Almoço;

para las sobrinas:

Adriana da Norma

Beatriz da Melany

Beatriz, Renée y Silvia da Eva

Bettina da Rosa

Guiga y Tieza da Lila

Juju da Daisy

Julie da Eurídice

Maria Helena da Helena do Walter

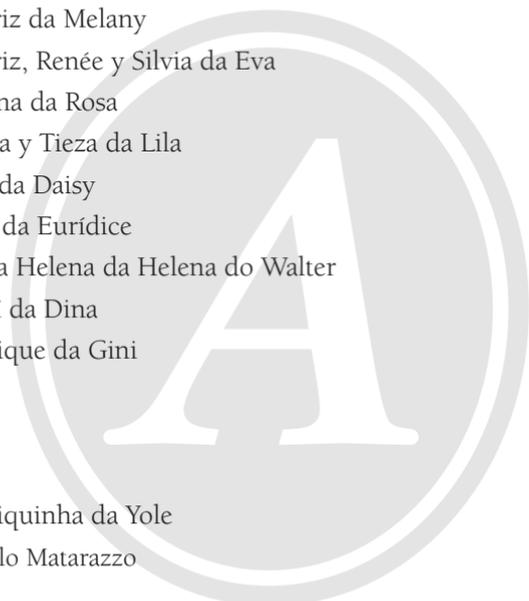
Mauí da Dina

Monique da Gini

y

Moniquinha da Yole

Ciccilo Matarazzo



ESCENARIO

La estancia

Había una vez... una estancia inmensa.

En el patio del fondo existía una *mangueira*¹ joven.

Por los campos bien verdes e iluminados de sol, se criaban los caballos de carreras.

En el bosque, los pajaritos aprendían a cantar libremente.

Y el viento –¡y qué viento dulce!– balanceaba los grandes mazaes que cada vez tomaban más el color del fuego.

En el lago, los peces rojos nacían para más tarde ser trasportados a los acuarios de la ciudad.

Todo era lindo, muy lindo, en la estancia.

Pero los hombres lo arruinaban todo...

1 Árbol cuyo fruto es la manga. (*N. de la T.*).

Historia

1

La misa del sol





El corazón de la tierra amanecía...

¡Ay...! ¡Qué lindo era!...

¡Qué lindo era!...

Canturreando, mamá había terminado de empujarnos con el pico a mí y a mis dos hermanitos hacia fuera de la casa.

—¡Imagínense!... ¡Esos perezosos queriendo dormir todo el día!... ¡Habrase visto!... Vayan a jugar. ¿Acaso no está naciendo el sol?...

Del hueco que formaba la ventana de nuestra casa, que quedaba en el tercer piso de una gran *sapopema*,² yo, todavía con los ojos pesados de sueño, comenzaba a redescubrir la vida.

El sol se filtraba por la inmensa telaraña de la selva, llenando de luz cada cosa, como espantando el frío que la noche respiraba.

Los últimos murciélagos, miedosos de la luz, soltaban sus grititos de temor y describían círculos rápidos, iluminando esos mismos círculos con elipses incendiadas de luz.

¡Ay!... ¡Qué lindo era!...

¡Qué lindo era!...

La mañana, desperezándose lentamente y distendiendo los albos dedos hacia cada hoja.

El sol, encendiendo cada gota de rocío y millares de ojos vivos que se movían, siendo creados en ese instante.

Y el rocío goteaba, goteaba, goteaba de las hojas menores hacia las más grandes, de las más grandes hacia las más bajas, y de ellas resbalaba aún por las plantas trepadoras de trazos azulados, hasta

2 Árbol del Brasil. (*N. de la T.*)

que caía en las grandes raíces y se infiltraba en la tierra, atontado de sueño.

Y venía aquel agradable olor a tierra húmeda y descansada.

—¡Qué lindo era!

¡Ah, si yo supiera cantar!... Un día, yo cantaré. Mamá había garantizado que cantaré cuando creciera más. Según mamá, los pajaritos necesitan primero atiborrarse de belleza, para luego poder expresar el efecto de esa belleza, en las mínimas notas de su canto.

Por el momento, todavía éramos jóvenes y estábamos descubriendo la vida, mediante los vuelos que se alargaban día a día.

Bostecé, abriendo el pico. Ahora, mis ojos despiertos se encontraban redondos y brillantes.

Doña Raquel, sabia y elegante que cantaba con pronunciación francesa... (Todo el mundo comentaba una historia, según la cual ella había huido de la casa de una francesa vieja. Por cierto que yo no entendía bien qué era eso, porque cada vez que se tocaba el tema y cualquiera de nosotros se aproximaba, cambiaban de conversación, comentando: “Hay criaturas cerca”...).

Bueno, doña Raquel pasó cantando y llamando a la gente:

—¡Es la hora de la misa del sol!... ¡Es la hora de la misa del sol!...

Yo me volví hacia dentro, preguntando:

—Mamita, ¿usted va?

—No, hijito, ve con tus hermanitos, que yo tengo que acomodar un poco la casa.

Abrí perezosamente mis alas y vi que mi pechito se hinchaba, haciendo colorear su azul oscuro con manchas doradas.

Me apoyé sobre la punta de mis patass, curvé las rodillas y me lancé al espacio. ¡Qué hermoso era! Daba ganas hasta de cerrar los ojos y dejar que el cuerpo cayera contra las hojas; pero a mamá no le gustaba que se hiciera eso, hasta nos reprendía.

Fui volando, volando. Por encima de mi cabeza, en lugares más altos, se deslizaban pájaros adultos y seguros, inflando las alas.

Todo el mundo corría para encontrar un lugar mejor en la vieja iglesia, que no pasaba de ser una *aroeira*³ vieja.

Un día, también yo participaría de toda aquella prisa.

Llegué cansado, casi sofocado, y busqué un lugarcito entre la multitud.

Doña Raquel ya se había apostado en el coro, dando la señal: tres golpes con el pico en una rama hueca.

Entonces los pájaros cantaron la canción más hermosa de la vida, en homenaje al sol, que ya había aparecido, ruborizado de orgullo. Las cabezas de los cerros, a lo lejos, se tornaron brillantes, y a lo lejos, también, se doraron las plantaciones de maíz, donde el viento vagabundo canturreaba canciones de ternura.

Bajé los ojos del paisaje y vi a Iracema cantando con su voz finita y suave. Iracema era una *coleirinha*⁴ que tenía miedo de todo, y que ahora aprendía a cantar.

3 Árbol de madera muy dura, con flores y hojas de efectos medicinales. (N. de la T.).

4 Espátula. (N. de la T.).



“Entonces los pájaros cantaron la canción más hermosa de la vida”



—¡Iracema es una miedosa!

—¡Iracema es una miedosa!...

—¡Iracema es una miedosa!...

La gente, en bandada, volaba a su alrededor, gritando siempre:

—¡Iracema es una miedosa!...

Sus ojitos castaños se llenaban de agua.

—No hagan eso —murmuraba.

Nosotros nos apoyábamos en la rama y comentábamos:

—Caramba, Iracema, ¿qué mal hay en ello? Vamos hasta allá.

¡Quedamos colgados en los hilos eléctricos, es delicioso! Uno se hamaca hasta no dar más. Para aquí... para allá...

—No. No. Yo no voy. Tengo miedo. Ustedes nunca deberían ir. No tendrían que salir del bosque.

—¡Qué tontería! ¿Qué mal hay en ello?

—Lo hay, sí. ¿Y si se encuentran con una puerta-trampa?

—preguntaba Iracema, nerviosa—. ¿Y si hay una jaula por allí?

—¿Jaula? —pregunté, medio espantado—. ¿Qué es eso? Mamá nunca nos habló de jaulas.

—Porque son muy pequeños.

—Entonces habla tú, Iracema. Cuéntame qué es una jaula.

Iracema tembló y su voz salió trémula:

—Una jaula es algo horrible. Una cosa muy fea. Un bosque de árboles finísimos, amarrados por una cuerda llamada alambre. Tiene una puerta. Nos ponen allí dentro y ¡listo! Nunca más se sale de ese lugar.

—¡Ah! Eso no existe. Estás imaginando cosas. Vamos a balancearnos en los hilos eléctricos.

Ella torció nerviosamente las puntas de sus alas.

—Discúlpeme, pero yo no voy.

Diciendo eso levantó vuelo y huyó hacia el corazón del bosque, que en ese momento era acogedor y tibio.

Seguimos burlándonos de ella a gritos:

—¡Iracema es una miedosa!...

—¡Iracema es una miedosa!...

¡Qué lejos quedó ese vocerío: “Iracema es una miedosa!”

Ahora mis ojos se llenan de lágrimas y veo la jaula alrededor de mi cuerpo joven. Iracema tenía razón: ¡una jaula es algo horrible!

Ya no tengo ganas de moverme. Ni siquiera sé si me acostumbré a dar saltos de un palito a otro. ¡Todo es tan triste! Triste. Triste.

—Jovencito, ¿qué tristeza es esa? —preguntaba desde la otra jaula don Pedro, un viejo *tiê-sangue*—. ⁵ Eso pasa. Al comienzo siempre es así. Dentro de poco comenzarás a cantar, y cantando la vida es más linda, hasta dentro de una jaula.

—No. Nunca cantaré. ¡Yo nunca cantaré!

Y recordaba a Iracema, que jamás pasaría por todo lo que yo pasaba. Iracema tendría hijos, y continuaría con miedo, pero viviendo libre dentro del bosque.

—Mira, hijo, la tristeza no sirve para nada —continuaba don Pedro—. Nuestro dueño es muy bueno. ¿Viste qué suavemente nos habla?

⁵ Pájaro del Brasil. (*N. de la T.*).

—Él no es bueno... Es un hombre...

—¿Tú sabes quién es nuestro dueño?

A mí no me interesaba saberlo. Pero don Pedro se mostraba tan amigo que resolví interesarme y prestarle atención.

—Nuestro dueño se llama Cavalcanti. Era un hombre que vivía en una gran jaula llamada Europa. Hizo muchas películas muy lindas. Pero, por dentro, él sentía una enorme nostalgia de los bosques del Brasil. Entonces... huyó y voló para acá.

Intenté volver a mis pensamientos. Doña Raquel (ahora lo comprendía) huyó. Cavalcanti huyó. Quizás un día también yo huyera.

—Mira, muchacho. Eres joven y hermoso. Todo esto pasa. Nosotros tenemos el sol y podemos sentir el viento. Y tanto el sol como el viento son los mismos en cualquier parte... Interésate por algo. Las cosas humanas son formidables. ¿Quieres un ejemplo? Ahora estoy interesado en el campeonato de fútbol. Lo escucho por la radio. El domingo es el último partido y tengo la seguridad de que Pelé va a darles una lección a los argentinos.

Y viendo que yo volvía a caer en la tristeza, don Pedro movía la cabeza y tornaba a saltar de un palito a otro. Muchas veces le oía comentar, suspirando: “¡Ah, juventud!... ¡juventud!...”.



“Y viendo que yo volvía a caer en la tristeza, don Pedro movía la cabeza”

Me quedaba horas y horas parado en un palo. Cuando llegaba la tarde, la tristeza se apretaba en mi pecho. La estancia retornaba a mis pensamientos. Los campos, que iban perdiendo la luz del sol. Los potrillos jóvenes, galopando. En el estanque, los pececillos rojos subían a la superficie; había uno muy alegre llamado Clóvis, que era una belleza. Clóvis hinchaba su carita y nos hacía muecas... ¿Y los campos de maíz amarillo?... ¿Y el húmedo olor de la tierra? ¿Y la noche que se hacía blanda, derramando estrellas dentro del estanque?... ¡Ah, Dios mío! No quería vivir más.

Y para no vivir más, uno no come. Para no vivir más, uno no bebe. Para no vivir más, uno aprende a no cantar.

Durante los dos primeros días, el hambre dolió un poco. La sed ardió en mi garganta..., pero yo no quería vivir más.

—No hagas eso, hijo mío —volvía a hablar don Pedro—. Come este alpiste... Bebe esta agua...

Ni respondía. ¿Cómo beber esa agua? Agua era aquella otra. Agua de la fuente. Nosotros llegábamos en bandada, saltando de rama en rama, sobre la punta de las patitas y, ¡zas!, asustábamos a don Pacheco, aquel bagre viejo que vivía dormitando al sol. Don Pacheco despertaba asustado, nos insultaba..., pero después nos perdonaba y permitía que bebiéramos a nuestro gusto.

¿Cómo había perdido todo aquello? ¿Cómo fue posible?... Y la escena volvía, rápida...

... Yo saltando feliz en el bosque, cuando me di de frente con una cosa formidable. ¿Un hilo eléctrico dentro del bosque? Sí, un hilo eléctrico. Y nadie lo había descubierto aún. Yo era el primero. Subí a lo alto de una rama y salté sobre el hilo. De repente, este se

movió y sentí que tenía aprisionada la patita derecha; agité las alas como un loco, sin poder dejar de estar cabeza abajo.

Enseguida vinieron unos niños y me agarraron con fuerza por el pescuezo.

—¡Cazamos un *azulão!*...

—¡Cazamos un *azulão!*...⁶

Yo no podía gritar ni llamar a nadie. Fui llevado a una jaula (ahora lo sabía) y me colocaron en medio de un montón de otros pajaritos asustados. Al día siguiente metieron la jaula en un camión. Yo me sujeté de las rejas y llamé desesperado:

—¡Mamá!... ¡Mamita!...

Nadie escuchaba mis gritos. La estancia, con sus maizales, con los campos llenos de sol, con el estanque transparente, con nuestro fresco bosque, fue quedando atrás, perdiéndose en la distancia y confundiendo en la polvareda...

Mis alitas estaban sucias de polvo y pegajosas por el jugo de frutas. Cuando me llevaron al mercado ya no era un pajarito hermoso... Allí fui comprado por el señor Cavalcanti.

Me trasladaron a una casa de campo y me dejaron suelto en una jaula, esta misma en la que aún estoy. Luché, arremetí con mi pecho contra las varillas de alambre, estrujé mi pico contra las barras más gruesas, todo en vano. Quedé sofocado sobre un palito.

—¡Eso no sirve de nada, muchachito! —Era la primera vez que yo escuchaba la voz de don Pedro.

⁶ Pájaro brasileño, también llamado “reinamora grande”. (N. de la T.).

—¡Todo perdido! Entonces, no bebo. No como y nunca cantaré.

La noche llegó pesada, empujando las sombras hacia nuestros ojos. Las horas se arrastraban tristes; mucho antes de comenzar la madrugada sentí que las fuerzas me faltaban y caí sobre el piso de la jaula. Mi respiración se hacía débil.

La mañana rasgó el cielo casi de una vez. Hubo pasos dentro de la casa. Cavalcanti despertaba. Y, como siempre, vino a mirar nuestras jaulas.

—¡Jesús! ¡Oh, Nuestra Señora! El *azulão* huyó...

Bajó la jaula y me vio acostado. Una súbita indignación llenó su voz:

—¡Son esas empleadas! ¡A que no le cambiaron el agua ni le dieron alpiste!

Pero enseguida sus ojos reflejaron su alarma. El cajoncito del alpiste estaba lleno, así como el bebedero.

Su voz se tornó dulce, dulce, mientras introducía la mano y yo retrocedía.

—¿Qué fue eso, mi bichito? ¿Precisamente tú, que eras tan buenito, tan manso, tan feliz? ¿Te volviste loquito, no?

Y rascó suavemente las plumitas de mi cabeza.

Yo tenía deseos de explicarle, pero él era un hombre y no comprendería. Tuve deseos de decirle:

—Muero..., me muero de tristeza...

Pero no, él no comprendería, e incluso si llegaba a comprender no abriría las puertas de las restantes jaulas, para que los otros pájaros volasen hacia el bosque.

Continuaba susurrándome cosas suaves.

En ese momento, don Pedro se puso nervioso y comenzó a cantar. Solo yo lo entendía.

—Huye, hijo. La puerta está abierta. Huye. Salta hacia la rama de aquel eucalipto. Desde allá, respira y vuela bien lejos... Huye... ¡Huye!...

Pero solo tuve fuerza para responderle:

—Ahora... no puedo... Mis alas pesan como hojas secas... Yo...

Volví mis ojos hacia el bosque de eucaliptos. El sol venía esponjándose por entre las ramas. Mis ojos se cerraron mansamente y lejos, muy lejos, volvió a mis oídos la voz de doña Raquel, llamando:

—Mi gente, es la hora de la misa del sol... de la misa... del sol...